

LA POTENCIA HEURÍSTICA DE LOS INICIOS DEL *GIRO PRAGMÁTICO*:  
MÉTODO Y LENGUAJE EN WITTGENSTEIN Y AUSTIN

*HEURISTIC POWER OF PRAGMATIC TURN'S BEGINNING: METHOD AND LANGUAGE IN WITTGENSTEIN AND AUSTIN*

JAVIER ALEGRE

pillancho@yahoo.com.ar

**Resumen**

El presente artículo aborda aspectos nucleares de las propuestas teóricas de Ludwig Wittgenstein y John Austin, con el objetivo de precisar y demostrar la riqueza heurística que yace en sus filosofías, en cuanto representan una ruptura con la tradición filosófica y abren una nueva línea de análisis sobre el lenguaje. Para ello, primero presentamos características salientes del *giro pragmático* del siglo pasado y luego nos centramos en las concepciones del lenguaje y las definiciones metodológicas realizadas por Wittgenstein y Austin, que han delineado buena parte de las discusiones propias del pragmatismo lingüístico contemporáneo. **Palabras claves:** Pragmatismo lingüístico–Lenguaje–Método filosófico–Wittgenstein–Austin

**Abstract**

This article deals with nuclear aspects of the theoretical proposals of Ludwig Wittgenstein and John Austin, aiming to specify and demonstrate the heuristic richness that lies in their philosophies, as they represent a break with the philosophical tradition and open a new line of analysis on language. Thus, we first present key features of the *pragmatic turn* of last century and then focus on the conceptions of language and methodological definitions made by Wittgenstein and Austin, that have outlined a good part of the discussions of contemporary linguistic pragmatism.

**Keywords:** Linguistic Pragmatism–Language–Philosophical Method–Wittgenstein–Austin

En el presente escrito nos abocamos a analizar la manera en que fue planteado el estudio y la concepción del lenguaje por parte de Ludwig Wittgenstein y John Austin y, en relación con esto, a tratar de demostrar la potencia heurística ínsita en las elaboraciones iniciales del pragmatismo lingüístico contemporáneo, con

el objetivo de explicitar su ruptura con la tradición filosófica y la riqueza y fecundidad presentes en sus elaboraciones.

En pos de lograr nuestros propósitos, el artículo está estructurado en cuatro tramos. Iniciamos (I) con una breve exposición de algunas características centrales y precisiones conceptuales sobre el *giro pragmático* contemporáneo, para dimensionar su particularidad e importancia. Luego, (II) continuamos con las precisiones sobre método filosófico y concepción de lenguaje propugnadas por Wittgenstein en su segundo período. A continuación, (III) abordamos las indicaciones metodológicas y la *teoría de los actos de habla* propuestas por Austin. Y, por último, (IV) cerramos con apreciaciones orientadas a resaltar las claves de la potencia heurística propia del *giro pragmático*, en general, y de las elaboraciones de Wittgenstein y Austin, en particular.

#### 1) Perspectiva pragmática del lenguaje: breve bosquejo

Bajo el nombre de *giro lingüístico* se han congregado *a posteriori*<sup>1</sup> los aportes de diversos autores y corrientes que desde principios del siglo pasado coinciden en señalar que el lenguaje no es un mero medio entre el sujeto y la realidad o un elemento secundario que refleja las representaciones del pensamiento constituido pre-lingüísticamente, sino que posee una entidad propia que impone sus límites y fija condiciones tanto al pensamiento como a la realidad; así el lenguaje se convierte en el ámbito más propio de la filosofía y en él se centran las mayores atenciones. Dentro del *giro lingüístico* existen diferentes momentos y vertientes de la reflexión filosófica del siglo pasado, dentro de las cuales sobresalen con nitidez, por la envergadura de sus discusiones, el *giro lingüístico en sentido estricto* (propio de la filosofía analítica), el *giro hermenéutico* y el *giro pragmático*; aquí presentamos brevemente los rasgos salientes de este último (evitando mayores referencias bibliográficas para no hacer engorrosa su lectura).

El *giro pragmático* produce una clara ruptura con la concepción que aprehende el lenguaje casi exclusivamente por su función expresiva/representativa y que entiende la acción como surgida de una intención en tanto contenido de

<sup>1</sup> El término fue acuñado en 1964 por Gustav Bergmann, en *Logic and Reality*, aunque su verdadera difusión se dio recién a partir del volumen colectivo *The linguistic Turn*, editado por Richard Rorty en 1967.

la mente (que actuaría como depositaria del complejo de intenciones y sentidos). Muy por el contrario, la línea pragmática coincide en señalar que lo que preexiste es un saber socialmente compartido a partir del cual pueden originarse la acción y la intención y al que están vinculadas las prácticas lingüísticas y la comprensión de las acciones y decisiones, a punto tal que no pueda emprenderse el análisis de cualquiera de ellas sin las demás. De allí su abierta oposición al modelo cartesiano de la interioridad y la introspección como último criterio de conocimiento y evaluación y como modo de establecimiento de sentido, pero también al modelo empirista que otorga primacía a las sensaciones privadas en la constitución de significados. El enfoque pragmático conduce a resaltar el carácter intersubjetivo y situado histórica, social y lingüísticamente de las acciones racionales –en oposición a la entronización de la razón en abstracto efectuada durante la modernidad– y a que ocupe un lugar central el interés por los procesos mediante los cuales se pueden establecer y ampliar en la práctica criterios para la interacción y comprensión mutua, en conexión con la revisión de las consecuencias desdichadas en que derivaron durante el siglo XX varias de las ambiciones emblemáticas de los proyectos modernos.

El *giro pragmático* parte de considerar que la base semántico-sintáctica propia de los estudios lingüísticos previos debe ser ampliada y complementada con el punto de vista pragmático y surge como resultado de la revisión y complementación o desestimación de determinados fundamentos y objetivos incumplidos del análisis lógico (idealismo lógico, concepción empirista y atomista del conocimiento, pretensiones de objetividad, claridad absoluta y no circularidad, etc.) Es por ello que abandona la perspectiva referencialista del significado y la idea de la construcción de lenguajes lógicos e ideales, aborda la investigación de los actos lingüísticos antes que las proposiciones, se interesa por los usos y factores sociales más que por los aspectos formales y se centra en la relación entre lenguaje, prácticas, convenciones y decisiones humanas y se resaltan las funciones pragmáticas y realizativas del lenguaje, por sobre las descriptivas-denotativas-representativas en que se centró clásicamente la tradición filosófica. La visión del lenguaje propia del pragmatismo lingüístico está vinculada con la convicción de que las producciones lingüísticas tienen la capacidad de ser el horizonte y marco regulativo que conforma nuestras pautas de pensamiento, sentimiento y acción, condición que hace imposible constituir nuestra subjetividad independientemente de los procesos simbólicos que pueblan la realidad cultural e institucional en la que nos desenvolvemos, a la vez que esta

realidad social no puede pensarse ni realizarse sino es a través de la participación constitutiva del lenguaje como práctica colectiva.

Entre las principales características de todo pensamiento afín al *giro pragmático*, el cual dista muchísimo de ser uniforme, podemos enumerar sintéticamente –sin ánimo de exhaustividad– las siguientes: a) primacía de la dimensión práctica de todo conocimiento o acción humana; b) oposición tanto al modelo *especular* de la mente y la verdad como al del lenguaje como *ropaje* del pensamiento; c) preponderancia de los fenómenos lingüísticos en las acciones sociales; d) certeza de que el lenguaje y el pensamiento sólo pueden referir a la realidad a partir del trasfondo generado por prácticas colectivas establecidas; e) rechazo de toda forma de hipostatización y reificación de entidades abstractas para la explicación de los procesos simbólicos; f) contemplación de los efectos perlocucionarios de nuestros actos; g) importancia de las interacciones sociales en el establecimiento del significado de los símbolos; h) construcción de una racionalidad y un sujeto de conocimiento y decisión colectivo basados en un marco lingüístico compartido que precede a los distintos componentes individuales o introspectivos; i) oposición a solipsismos ontológicos, lingüísticos, gnoseológicos y metodológicos; j) rechazo de dualismos ontológicos del tipo mente-cuerpo, espíritu-materia o cultura-naturaleza; k) remisión del sentido y la intención ya no a instancias subjetivas y crípticas sino predominantemente públicas e intersubjetivas; y l) oposición al primado de los modelos de explicación causal y la introspección en el abordaje de la acción humana.

En cuanto a sus intereses teóricos y metodológicos, la perspectiva pragmática no tiene como fin exclusivo o último el estudio del lenguaje dentro de sus propios confines –de ser así la filosofía se convertiría en una especie de lingüística–, sino el análisis de problemas filosóficos vinculados con la interacción y los procesos sociales a partir de consideraciones sobre el lenguaje. El principal objetivo del enfoque pragmático no es comprender el lenguaje en sí mismo, sino las prácticas sociales, y dentro de ellas, sí, en un lugar eminente por la función central que le corresponde, el lenguaje. Esta estrecha relación entre el lenguaje y las demás prácticas humanas, por un lado, convierte al lenguaje en una vía primordial de acceso al mundo social y, por otro, hace que las investigaciones filosóficas aborden de modo prioritario categorías vinculadas con las prácticas sociales (acción, mundo de vida, instituciones, etc.) cuando estudian el lenguaje; lo cual está en conexión con la revalorización de la relación entre lenguaje y comunidad de hablantes y con la importancia otorgada a los usos

cotidianos del lenguaje; tal como sostiene Austin: “ciertamente, pues, el lenguaje ordinario *no* es la última palabra: en principio, en todo lugar, puede ser complementado, mejorado y sustituido. Pero, recordemos, es la *primera* palabra”,<sup>2</sup> es decir: el lenguaje cotidiano no es la instancia definitiva e insuperable, pero es la que siempre ha de ser tenida en cuenta y de la que deben partir los análisis filosóficos.

Lo que interesa a la perspectiva pragmática en el nivel específico de los fenómenos lingüísticos no es lograr la clarificación del lenguaje vía la reducción de la complejidad y la eliminación de todo aquello que se entienda como vago o entorpecedor mediante la abstracción del contexto, sino profundizar en su comprensión sin disminuir su complejidad en base a la inclusión de los diversos elementos participantes y remitiéndolos siempre a las funciones que cumplen dentro de su contexto. En esta línea sin duda alguna son claves los senderos abiertos por las reflexiones de Wittgenstein y Austin a partir de la década del '50, más precisamente con la publicación de las *Philosophische Untersuchungen* de Wittgenstein en 1953 y las conferencias dictadas por Austin en 1955, que fueran editadas en 1962 como *How to do Things with Words*.<sup>3</sup>

## 2) Wittgenstein: multiplicidad de métodos y de *juegos de lenguaje*

Los notorios cambios en la producción filosófica de Wittgenstein han dado origen a múltiples controversias y servido para que sus escritos fueran tomados como base por muy distintas corrientes, lo que condujo tanto a que algunos autores establezcan una división tajante entre la producción del joven Wittgenstein y los escritos correspondientes al período iniciado con su segunda estadía en Cambridge (entre los más reconocidos, Bertrand Russell, Alfred Ayer, Justus Harnack y K.T. Fann),<sup>4</sup> como a que otros afirmen la inexistencia de tal ruptura (entre ellos, Anthony Kenny, Peter Winch, D. O'Brien, Allan Janik y Stephen Toulmin).<sup>5</sup> De nuestra parte, nos encontramos mucho más cercanos a

<sup>2</sup> J. Austin (1962a) p. 133.

<sup>3</sup> Inicios al que también mucho aportaron, aunque consideramos que secundariamente respecto de la repercusión alcanzada por los textos de Wittgenstein y Austin, los artículos “Two dogmas of Empiricism” de Willard Quine (1951) y “On Referring” de Peter Strawson (1950).

<sup>4</sup> Cfr. B. Russell (1964); A. Ayer (1989); J. Harnack (1972); K. Fann (1992).

<sup>5</sup> Cfr. A. Kenny (1995); P. Winch (1971); D. O'Brien (1967); A. Janik y S. Toulmin (1995).

la postura de un quiebre irreconciliable entre ambas etapas debido a los profundos cambios conceptuales y consideramos que su producción de madurez representa en especial una clara innovación teórica en referencia al paradigma filosófico de la modernidad. Si bien con el *Tractatus* propone una ruptura respecto de la filosofía tradicional y reduce sus problemas a meros asuntos gramaticales, en ese período Wittgenstein todavía permanece aferrado a categorías de indiscutible raigambre clásica (objetivismo, idealismo, verdad en sentido fuerte, esencia, orden lógico-conceptual de la naturaleza, etc.); en cambio, en su última etapa se superan perspectivas y conceptos caros a la modernidad. Sólo cuando, con el enfoque pragmático de los *juegos de lenguaje*, orienta sus investigaciones hacia los contextos sociales en que se producen las acciones lingüísticas –y no las unifica a todas bajo la égida de la lógica–, las abstracciones dejan de gobernar teoría, acción y realidad desde un sitio inefable y externo al mundo (dando paso a una racionalidad contextual e histórica) y su reflexión se constituye en una crítica radical a la conciencia como ámbito propio del sentido y de la actividad filosófica. Por ello, aquí nos interesamos exclusivamente en la concepción del lenguaje y las formas de abordarlo propuestas por el último Wittgenstein.

En la segunda etapa de Wittgenstein hay una notable variación en la metodología que juzga apropiada para encarar el estudio del lenguaje; frente a las condiciones apriorística, universalista, esencialista y absolutista propias del método lógico que defendía en su primer período,<sup>6</sup> la metodología propugnada por el segundo Wittgenstein se destaca por sus rasgos pragmático, particularista, anti-esencialista y pluralista. Pragmático, pues se orienta a los usos lingüísticos que se dan en las prácticas cotidianas, es decir que la investigación considera *a posteriori* los fenómenos del lenguaje, ya no más independientemente de la experiencia y de las acciones que se realizan con él. Particularista, debido a que está dirigida a los casos particulares y al hallazgo de las características distintivas que éstos poseen, irreductibles entre sí. Anti-esencialista, ya que abandona, por inapropiada y errónea, la búsqueda de propiedades únicas comunes que subyacerían a todos los hechos lingüísticos. Y pluralista, dado que postula la conveniencia de que los problemas filosóficos sean abordados con una multiplicidad de métodos. La multiplicidad metodológica viene exigida por la com-

<sup>6</sup> Cfr: L. Wittgenstein (1999).

plejidad de nuestro lenguaje: como son diversas las formas en que el lenguaje nos tiende trampas y variados los enredos que esos engaños causan a nuestro entendimiento, la filosofía necesita valerse de diferentes modos de enfrentar estas situaciones; “se muestra ahora un método con ejemplos y la serie de estos ejemplos puede romperse. –Se resuelven problemas (se apartan dificultades), no un único problema. No hay un *único* método en filosofía, si bien hay realmente métodos, como diferentes terapias”.<sup>7</sup>

La analogía entre los diferentes métodos filosóficos y las terapias médicas tiene su origen en que Wittgenstein considera, de manera metafórica, las preguntas filosóficas como enfermedades con el propósito de explicitar su concepción de la filosofía como actividad que tiene por misión *curarnos* del habla sin sentido. Tomando como guía esta analogía medicinal se arriba a la conclusión de que la filosofía es, al mismo tiempo, enfermo, médico y terapia; aunque parezca confuso en principio, esta cuestión homeopática se clarifica si dividimos las filosofías en dos tipos: la productora de la enfermedad filosófica sería la filosofía perturbadora o descarriada, en tanto que la sanadora sería la filosofía disolvente o correctora.<sup>8</sup> La engañosa uniformidad con que se presenta el lenguaje vuelve necesaria la presencia terapéutica de la filosofía –sin perjuicio de los señalamientos que le realiza–, sin ella no podríamos avanzar más allá de la *gramática superficial* del lenguaje ni tendríamos herramientas para librarnos del habla sin sentido. Una de las principales fuentes de los problemas filosóficos reside en que “en nuestro lenguaje está depositada toda una mitología”;<sup>9</sup> el len-

<sup>7</sup> L. Wittgenstein (2004) §133. Ya en las *Observaciones filosóficas* (redactadas entre 1929 y 1930), Wittgenstein expresa las causas y la necesidad de una multiplicidad de métodos en filosofía: “¿por qué es tan complicada la filosofía? Después de todo, debería ser *enteramente* simple. –La filosofía desenreda los nudos de nuestro pensar, los cuales hemos de un modo absurdo generado; pero para lograr eso, la filosofía debe hacer movimientos que son tan complicados como los nudos. Por ello, aunque el *resultado* de la filosofía es simple, su *método* para llegar a él no puede serlo”. L. Wittgenstein (1997) §2.

<sup>8</sup> Consideramos que esta clasificación no va a contrapelo de lo establecido por Wittgenstein, ya que ella no implica la existencia de una filosofía de primer orden y otra de segundo orden, ambas clases se desenvuelven en un mismo nivel lingüístico. Cfr: L. Wittgenstein (2004) §121. La relación entre filosofía y actividad terapéutica queda expresada en §255: “el filósofo trata una pregunta como una enfermedad” y §593: “una causa principal de las enfermedades filosóficas –dieta unilateral: uno nutre su pensamiento sólo de un tipo de ejemplos”.

<sup>9</sup> L. Wittgenstein (1992) p. 69.

guaje está repleto de modos y conceptos que hipostatizan sentidos que pasamos por alto ya que nos son extraños o desconocidos, de aquí que la filosofía debe precaverse contra su propia tendencia a establecer falsos principios en nuestras maneras de abordar la realidad. Por lo que es la integridad de las expresiones lingüísticas, con su amplia gama de variaciones, la que se convierte aquí en objeto de estudio; las diversas *formas de vida y juegos de lenguaje* tienen que ser atendidos en la inspección filosófica y se debe intentar descubrir en ellos, mediante un criterio pragmático, las locuciones que no se asientan en la experiencia de la comunidad que los utiliza, que *marchan en el vacío*.<sup>10</sup>

Es clara la ruptura que representa la perspectiva del segundo Wittgenstein en lo que hace a las indicaciones metodológicas y la concepción de la filosofía respecto de los principios que guiaron la moderna filosofía de la conciencia. En esta última etapa de su pensamiento se vuelven cruciales la renovada atención al lenguaje –centrada ahora en los usos cotidianos y acciones que se dan junto con los procesos lingüísticos, el particularismo, el antiesencialismo y la búsqueda de representaciones no definitivas–, la pluralidad metodológica y la consideración de la filosofía como una actividad destinada a despejar malentendidos y romper embrujos, no como un *corpus* teórico cerrado o sistemático destinado a brindar fundamentos o respuestas últimas. En estas notas quedan reflejada tanto la innovación con respecto a los modos tradicionales de filosofar que representa la metodología propuesta por Wittgenstein como las características que han servido de base para los distintos acercamientos pragmáticos a los fenómenos lingüísticos: un método que ya no es *el* método y una filosofía que ya no tiene potestad sobre *la* razón y debe lidiar con las limitaciones que le son propias en tanto entidad sujeta a un devenir socio-histórico.

El lenguaje aquí posee un carácter complejo e inacabado producto de sus múltiples interrelaciones con distintas esferas y tareas y de la dinámica propia de su devenir histórico –lo que vuelve inútil cualquier intento de búsqueda de esencias, hipostatización o idealización de una determinada función o estructura–, Wittgenstein lo grafica con supina claridad en la analogía en que compara al lenguaje con una ciudad: “nuestro lenguaje puede verse como una vieja

<sup>10</sup> Esta imagen del lenguaje como objeto de estudio por girar desorbitadamente sobre sí, sin relación con la práctica, está en Wittgenstein (2004) §132: “las confusiones que nos ocupan surgen, por así decirlo, cuando el lenguaje marcha en el vacío, no cuando trabaja”.

ciudad: una maraña de callejas y plazas, de viejas y nuevas casas, y de casas con anexos de diversos períodos; y esto rodeado de un conjunto de barrios nuevos con calles rectas y regulares y con casas uniformes”.<sup>11</sup> El lenguaje consiste en un conjunto de prácticas sociales complejas que se definen de acuerdo con las reglas que gobiernan los diferentes usos de las palabras y que poseen distintos fines; el fundamento del sentido del lenguaje está en la praxis humana: el uso del lenguaje está en concordancia con las demás prácticas que los usuarios realizan; las palabras no pueden ser entendidas fuera de la utilización que se hace de ellas y hacia ésta hay que orientar las investigaciones. El significado de los signos lingüísticos no se obtiene por definiciones ostensivas, ni puede encontrarse tratando de imponer modelos ideales a lo que sucede en la realidad, sino que debe buscarse el sentido que adquieren las palabras por el uso (*Gebrauch*) que se hace de ellas, así lo expresa Wittgenstein en su célebre apotegma: “para una *gran* clase de casos de la palabra “significado” –aunque no para *todos* los casos de su utilización– puede explicarse esta palabra así: el significado de una palabra es su uso en el lenguaje”.<sup>12</sup>

Wittgenstein resalta el carácter social e institucional del lenguaje, todo lenguaje consiste en actividades regladas, las cuales se estipulan en base a usos, hábitos, costumbres, que suponen necesariamente la regularidad propia de las instituciones; el lenguaje está constituido por variadas prácticas que requieren la adquisición de habilidades en base al dominio de técnicas a lo largo del tiempo: “¿es lo que llamamos “seguir una regla” algo que pudiera hacer sólo *un* hombre sólo *una vez* en la vida? (...) No puede haber sólo una única vez en que un hombre siga una regla. (...) Seguir una regla, hacer un informe, dar una orden, jugar una partida de ajedrez son *costumbres* (usos, instituciones). Entender una oración significa entender un lenguaje. Entender un lenguaje significa do-

<sup>11</sup> Wittgenstein (2004) §18. Esta potente metáfora, además, da cuenta del modo histórico en que se constituyen los lenguajes: cualquier intento de *urbanización* lógica, sintáctica o científica (nuevos barrios del lenguaje-ciudad) siempre es posterior y viene a la zaga del desarrollo mediante diversos *materiales* y en vista de variadas funciones del núcleo histórico (centro fundacional del lenguaje-ciudad) y ambos sectores no cesan de modificarse e incrementarse.

<sup>12</sup> Wittgenstein (2004) §43. Esta concepción ya había sido presentada expresamente por Wittgenstein en la etapa del *Cuaderno azul* (p. 99 y 108) y recibe nuevas formulaciones en *Sobre la certeza* (§§61,62 y 65)

minar una técnica”.<sup>13</sup> Si bien la utilización del lenguaje está en dependencia del seguimiento de reglas, estas reglas no determinan unívocamente el uso del lenguaje, quedan abiertas diferentes posibilidades de continuación; las posibles conexiones entre lenguaje y realidad son tan amplias como la multiplicidad de *juegos de lenguaje* (irreductible a un meta-juego de lenguaje), pues de acuerdo con las tareas y fines de cada *juego* se instituye la manera propia en que las expresiones adquieren sentido. El concepto de *juego de lenguaje*, además, no puede separarse de la idea que el lenguaje es un instrumento que cumple una gran diversidad de funciones sin que exista una función arquetípica u originaria, la agrupación de tan disímiles roles y entidades bajo el término de lenguaje se da gracias a que comparten rasgos análogos, *parecidos de familia*. Los *juegos de lenguaje* están en intrínseca relación con la acción, su alta capacidad realizativa es lo que los vuelve tan importantes; no son sus capacidades representativas, expresivas o lógicas donde reside el principal interés, sino en que producen e institucionalizan los aspectos sobresalientes que sirven de patrones para nuestra vida. La predominancia de los *juegos de lenguaje* sobre las instancias individuales y subjetivas hace que aquel o aquello que es tomado como criterio o patrón para establecer algo no lo sea por sí mismo, sino porque en el *juego* en que está inmerso se le ha atribuido esa función; de aquí que no *domine* o pueda arrogarse la potestad sobre ese *juego de lenguaje*, por el contrario, es éste el que le otorga esa autoridad.

En el tratamiento del segundo Wittgenstein sobresalen las cuestiones concernientes a la deflación de la subjetividad, el retroceso de los procesos y sensaciones internos en cuanto instancias fundantes y criterios para la asignación de sentido, la imposibilidad del seguimiento privado de reglas, la importancia de los usos y entrenamientos colectivos para la fijación de significados y conductas –incluso los más subjetivos–, la condición de verdad/falsedad no como determinante de los *juegos de lenguaje* sino como un componente que se integra a éstos por el lugar que se le otorga en ellos y el carácter intersubjetivo de todas las actividades en que se enmarcan estas facetas de la vida humana. Todos estos aspectos se han perfilado como ejes cardinales de las discusiones pragmáticas y marcan el distanciamiento respecto de la tradición filosófica. La teoría del lenguaje wittgensteiniana es una crítica radical a la conciencia como ámbito del

<sup>13</sup> Wittgenstein (2004) §199.

sentido y como punto de partida del filosofar; la concepción basada en los *juegos de lenguaje* y las *formas de vida* se opone a la extensa corriente que entiende el lenguaje como expresión de contenidos mentales y del significado como representación que yace en la conciencia.

La crítica de Wittgenstein se dirige expresamente a la concepción referencialista del lenguaje, la que expone a través de la visión agustiniana pero que recibe su elaboración más acabada en la tradición cartesiana e implícitamente abarca casi la totalidad de la tradición filosófica occidental (incluido el *Tractatus*), para la cual el lenguaje posee una esencia caracterizada por la capacidad de representar la realidad y por el hecho de que cada palabra tiene un significado y que éste, entendido como entidad mental, es a su vez el que remite a un determinado objeto. Por el contrario, para Wittgenstein la relación entre palabras y objetos es variada y no se da objetivamente, no está impuesta de modo lógico o natural por ninguna cualidad representativa ni por condición alguna establecida con anterioridad al empleo contextualizado del lenguaje, sino que es convencional y depende del modo en que se usa y se instruye para dicho uso. De acuerdo con los principios wittgensteinianos, si *desprendemos* el lenguaje de las múltiples acciones entrelazadas y realizadas con él, éste se vuelve una entidad fantasmagórica o bien comprensible sólo de modo muy defectuoso; a la vez que si no abordamos el lenguaje –en tanto acción lingüística– en forma preferencial, todo acercamiento a las demás acciones humanas es parcial y sesgado.

### 3) Austin: análisis pragmático del lenguaje ordinario y *realizativos*<sup>14</sup>

Es conocida, y por ello no nos detendremos aquí en ella, la nula interacción y mutua desconfianza entre Wittgenstein y Austin al momento de elaborar sus teorías debido a los diferentes ámbitos de pertenencia, modos de practicar la filosofía y temperamentos de ambos (de aquí que los potentes núcleos de coincidencias que subyacen en sendos pensamientos recién fueran recogidos y

<sup>14</sup> El término *performative* es un neologismo de Austin (proveniente del verbo *to perform*: realizar) y suele traducirse como *realizativo* o *performativo*; aquí utilizamos mayoritariamente el primero ya que consideramos que *realizativo* tiene más fuerza para el castellano por sus resonancias idiomáticas y por haber sido también un neologismo para nuestra lengua, aunque nombramos los dos porque ambos términos son de uso frecuente en las traducciones y en la literatura secundaria.

puestos en diálogo por filósofos posteriores).<sup>15</sup> En vista de esto, dedicamos este tercer tramo del artículo a desarrollar en forma independiente aquellos aspectos de las reflexiones austinianas que mayor relevancia presentan en cuanto a que proponen un nuevo modo de aproximación metodológica y teórica al lenguaje desde la filosofía y que, de igual modo, sirven para mostrar el sustrato *común* forjado en los inicios de la perspectiva pragmática.

Austin nunca brinda una concepción general de la filosofía, como así tampoco nociones definitivas acerca de sus problemas o de la metodología que debe guiarla, pero en distintas partes de sus escritos presenta determinadas indicaciones y precisiones –aunque más no fueran negativas o bien precedidas de cláusulas particularizantes– que sirven para bosquejar los fundamentos de sus propias investigaciones y que han tenido amplio impacto en la filosofía del lenguaje subsiguiente. Austin hace hincapié en que el abordaje pragmático lleva la delantera por sobre el semántico-sintáctico, el interés de la filosofía por el lenguaje está en dependencia de la capacidad que éste tiene para realizar muy distintos tipos de actos; las indagaciones lingüísticas no deben tener como fin –o al menos no única o primordialmente– esclarecer nuestra relación con el lenguaje, sino nuestra relación con el mundo a través del lenguaje. En la visión austiniana la tarea de la filosofía pasa en forma central por analizar y tratar de elucidar el lenguaje común y las nociones y distinciones presentes en él y no aquellas provenientes de elaboraciones técnicas o ambiciones especulativas, si bien éstas pueden llegar a ser de ayuda en distintos momentos. El lenguaje común es la *primera* palabra para la filosofía, aunque no constituye la *última* palabra (tal como ya hemos invocado en el primer apartado del artículo), esto se debe a que las fortalezas y posibilidades que el lenguaje ordinario abre a la filosofía se encuentran en la exitosa *practicidad* del conocimiento que encierra,

<sup>15</sup> El carácter mucho más sistematizador, parsimonioso, cooperativo e incluso humorístico del pensamiento de Austin contrasta con el modo de reflexión y exposición cambiante, nervioso, solitario y angustiado de Wittgenstein. Si bien está acreditado que Austin discutió las *Untersuchungen* con sus estudiantes en algunos de sus famosos encuentros matinales de los sábados antes de dictar las conferencias en Harvard en 1955 (luego recogidas en *How to do Things with Words*), no hace mención explícita a Wittgenstein en ningún momento de ellas ni en los ensayos compilados en *Philosophical Papers*. Sólo se refiere elípticamente a él en la tercera conferencia para la BBC en 1956 cuando habla del “movimiento del uso del lenguaje” y critica la tendencia de este movimiento a darse por vencido ante los que consideran “infinitos usos del lenguaje”. Cfr: J. Austin (1962a) p. 221.

eso es lo que convierte en provechoso e ineludible su estudio, pero allí también residen sus limitaciones: el carácter eminente práctico del lenguaje corriente brinda el suelo pero no el tope para una actividad como la filosofía, caracterizada por poseer procedimientos y objetivos más abstractos.

Al igual que Wittgenstein, Austin defiende la multiplicidad pragmática de métodos en filosofía: en el análisis de los problemas lingüísticos no existe un único método válido, sino varios, ya que es necesario examinar numerosos problemas desde variadas perspectivas y con distintos argumentos o a través de diferentes ejemplos. Las ventajas que encuentra Austin en la metodología que propugna para hacer filosofía está en conexión con que comienza por tener presente y usufructuar todo el bagaje incorporado en los usos del lenguaje ordinario y a partir de allí tratar de establecer niveles crecientes de integración y precisión, lo cual no garantiza la solución o respuesta definitiva a los distintos problemas, pero es el mejor camino para no *extraviarse* en el desarrollo de las investigaciones. Austin justifica la elección del método de análisis pragmático del lenguaje fundamentalmente en tres razones, las que presenta en un párrafo de “*A plea for Excuses*” que consideramos conveniente citar *in extenso*, para luego analizar cada motivo en particular:

“En primer lugar, las palabras son nuestras herramientas, y, como mínimo, debiéramos usar herramientas pulidas: debiéramos saber qué significamos y qué no, y debemos prevenirnos contra las trampas que el lenguaje nos tiende. En segundo lugar, las palabras no son (excepto en su propio pequeño rincón) hechos o cosas: necesitamos por tanto arrancarlas del mundo, mantenerlas aparte de y frente a él, de modo que podamos darnos cuenta de sus inadecuaciones y arbitrariedades, y podamos re-mirar el mundo sin anteojos. En tercer lugar, y más esperanzador, nuestro *stock* común de palabras incorpora todas las distinciones que los hombres han hallado conveniente hacer, y las conexiones que han hallado conveniente establecer, durante el tiempo de vida de muchas generaciones; éstas son seguramente más numerosas, más acertadas, dado que han soportado la larga prueba de la supervivencia del más apto, y del más sutil, al menos en todos los asuntos ordinarios y razonablemente prácticos, más que cualquiera que usted o yo probablemente imaginásemos en nuestros sillones en una tarde –el método alternativo más preferido”.<sup>16</sup>

<sup>16</sup>J. Austin (1962a) pp. 129-30.

Respecto del primer punto, debemos preocuparnos por indagar el lenguaje, sus formas típicas y sus usos, para conocer los modos en que actúa sobre nuestras acciones y sirve para elaborar representaciones, hábitos, etc.; no sólo que las palabras ocupan un lugar central y cumplen funciones específicas dentro de la realidad, sino que también constituyen el *material* sobre el que y con que trabaja la filosofía: es su terreno y, a la vez, los instrumentos con que opera en dicho terreno. El lenguaje ordinario provee de múltiples distinciones que nos resultan vitales y útiles en nuestra tarea filosófica, pero a su vez también incluye diferentes equívocos o malentendidos, por ello es necesario tener especial cuidado con los diferentes tipos de funcionamiento de las emisiones y con la manera en que pretendemos utilizarlas, tanto por lo positivo como por lo negativo que yace en sus entrañas. En cuanto al segundo ítem, si bien las palabras forman parte de la realidad y sirven para realizar diferentes acciones, tienen un modo de existencia claramente distinto a los demás objetos; ni en su constitución ni en su funcionamiento pueden ser equiparadas a éstos, por lo que corresponde analizarlas en detalle de acuerdo con su propia especificidad. En relación con ello, cabe señalar que ese *arrancarlas* del mundo que sostiene Austin no se refiere a aislarlas y mantenerlas sin contacto con él (en tal caso la visión pragmática devendría en mera sintáctica), sino a otorgarles en nuestras investigaciones similar lugar especial, diferenciado, al que ya tienen en el mundo justamente por su peculiar capacidad realizativa *dentro* de la realidad. En cuanto al tercer y último motivo, el análisis del lenguaje ordinario no tiene por fin primordial aprender a manejarlo correctamente y lograr la depuración de las confusiones que puedan estar presentes en él, sino que debe servir –además y principalmente– para desarrollar y conocer más en profundidad nuestras formas de aprehender y estructurar la realidad. Esta posibilidad que nos da el lenguaje ordinario es muy superior a cualquier intento basado en abstracciones o supuestos, ya sean individuales o disciplinares; las largamente trabajadas especificaciones, construcciones y relaciones incorporadas al lenguaje constituyen un auxilio primordial para las investigaciones filosóficas que no es conveniente despreciar, cualquier reflexión debe basarse en la riqueza que yace en los modos corrientes de utilización del lenguaje.

Las indicaciones y concepciones filosófico-metodológicas planteadas por Austin toman forma en su *teoría de los actos de habla*, en la que inaugura el tratamiento de los *realizativos* y de la doble estructura performativo-proposicional de las emisiones lingüísticas, donde diferencia entre el significa-

do proposicional y la fuerza ilocucionaria de las expresiones. A través de esta teoría, Austin remarca que todos los tipos de emisiones comparten la función pragmática de constituirse a la vez en actos de decir y de hacer algo y abre una bisagra en la filosofía del lenguaje que impide volver a tratar las promesas, mandatos, juramentos, etc. en base a la forma de los enunciados veritativos; de allí la relevancia de sus reflexiones dentro de la filosofía pragmática contemporánea.

Austin critica a la tradición filosófica por haber cometido una *falacia descriptiva*: entender el lenguaje sólo en base a la función de transmisión de descripciones gracias a su capacidad representativa/informativa, tomándola como único modelo, convirtiendo y reduciendo las demás clases de expresiones a formas secundarias o defectivas, pasando por alto la capacidad del lenguaje de realizar muy distintas funciones; por ello sostiene que “lo que necesitamos hacer con el caso de enunciar, y por la misma razón con describir e informar, es bajarlos un poco de su pedestal, darnos cuenta que son actos de habla no menos que todos esos otros actos de habla que hemos estado mencionando y discutiendo como realizativos”.<sup>17</sup> Austin parte de la convicción de que incluso los enunciados descriptivos implican una acción, la acción de describir la realidad de un determinado modo, y requieren que sean asumidos como tales –como acciones– en los contextos en que son pronunciados; enunciar algo es un *acto de habla*, por lo que se derrumba la distinción infranqueable entre realizativos y constatativos. Intentar establecer una división estricta entre éstos pasa a ser una tarea quimérica, pues no remiten a una esencia determinada sino a un plexo de condiciones y funciones, “lo que *no* sobrevivirá al cambio, salvo, quizá como un caso límite marginal, es la noción de la pureza de los realizativos. (...) Ella se fundaba, esencialmente, en la creencia en la dicotomía realizativos/constatativos, que, hemos visto, tiene que ser sustituida por la idea de que hay *familias* más generales de actos lingüísticos emparentados y parcialmente superpuesto”.<sup>18</sup> Austin concluye que no hay un criterio preciso para distinguir con certeza las emisiones realizativas de las constatativas y es vano tratar de continuar tomando esta división como basal; ambos tipos de expresiones comparten el requerimiento de que estén presentes determinadas condiciones para

<sup>17</sup> J. Austin (1962a), pp. 236-7.

<sup>18</sup> J. Austin (1962b), p. 149.

ser *afortunadas*, exitosas, y también suponen cierta conformidad con los hechos.

Austin toma como base que decir algo es hacer algo (toda expresión es un acto de habla) y que es más conveniente centrarse en la capacidad de las emisiones para realizar acciones antes que hacerlo en el uso –diferenciándose de Wittgenstein–, debido a que el uso sería muy difícil de clarificar y adolecería de cierta ambigüedad que le es intrínseca y no ayudaría a precisar los componentes lingüísticos. Además, en sus análisis exige la exclusión de los usos *parasitarios* o *decoloraciones* del lenguaje –tal como se da en la poesía, el teatro, etc.– ya que implican una desviación de los usos comunes, pero no al contrario (los usos comunes no necesitan de los usos *parasitarios*), por lo que conviene evitarlos para no sumar dificultades que no tenderían a una mayor clarificación de los modos corrientes de empleo de las expresiones.<sup>19</sup> Siguiendo estas consideraciones, Austin estipula su ya clásica distinción de los tres tipos de actos o dimensiones de *actos de habla*: a) locucionarios: actos consistentes *en* decir algo que posee un determinado significado (*significado locucionario*); b) ilocucionarios: actos que se realizan *al* decir algo provisto de una fuerza convencional que le está asociada (*fuerza ilocucionaria*), implica necesariamente un acto locucionario, no así un acto perlocucionario; y c) perlocucionarios: actos que se realizan *por* haber realizado un acto ilocucionario, consiste en la producción de determinados efectos o consecuencias sobre los oyentes de la emisión (*efecto perlocucionario*). La totalidad de las emisiones lingüísticas es analizable, según Austin, a partir de la configuración que adquieren estas tres dimensiones en cada contexto respectivo, incluso en lo que concierne a los enunciados descriptivos. La aplicabilidad de este esquema teórico a los distintos tipos de expresiones no conduce a afirmar la existencia de un único modo válido para examinar el universo completo de actos de habla en pos de establecer su fuerza ilocucionaria. Por el contrario, Austin se mantiene fiel a la particularidad y multiplicidad que exigía metodológicamente a todos los abordajes teóricos, el carácter convencional de los actos ilocucionarios actúa como reaseguro de la inexistencia de un

<sup>19</sup> Cfr.: J. Austin (1962b), p. 22: “las expresiones realizativas, afortunadas o no, han de ser entendidas como emitidas en circunstancias ordinarias”. Justamente el carácter cerrado del contexto de uso –su saturabilidad– para la concreción del análisis se constituye en el eje de la discusión que entabla Derrida con Searle sobre la teoría austiniana y es lo que los conduce a sus muy antagónicas posturas. Cfr.: J. Derrida (1988); J. Searle (1977); J. Navarro Reyes (2010).

componente o sentido, ya sea subjetivo o estructural, que se imponga previamente o desde fuera y determine de modo unívoco la fuerza ilocucionaria; queda así salvaguardada dentro de su propia teoría la especificidad de los tipos de actos de habla –su irreductibilidad a una esencia común– y, por ende, de las formas de abordarlos que defendía previamente.

Consideramos que principal hallazgo de la *teoría de los actos de habla* de Austin pasa por haber brindado en forma conjunta una fundamentación de los principios metodológicos y una clasificación de las expresiones lingüísticas en que el acento está puesto no en sus propiedades veritativas, sino en las especificaciones respecto de las condiciones del contexto de emisión, las convenciones existentes y las diferentes posibilidades de realización que abren las preferencias a través de la fuerza ilocucionaria y los efectos perlocucionarios. En relación con ello, la gran significación de esta teoría se encuentra en que es el primer intento de sistematizar y clasificar el lenguaje en base a criterios pragmáticos y en el que la capacidad realizativa de las emisiones está por sobre los demás componentes y funciones.

#### 4) Reflexiones finales

Las propuestas teóricas de Wittgenstein y Austin representan aportes originales que han abierto todo un ámbito propio dentro de la filosofía contemporánea y proveen elementos de relevancia ineludibles a la hora de encarar estudios pragmáticos sobre el lenguaje. Por el lado de Wittgenstein, es indudable su influjo en el rumbo tomado por el pragmatismo lingüístico en lo que concierne al abordaje particularista, anti-esencialista y pluralista del lenguaje, a la especial atención prestada a los usos cotidianos y las acciones que se dan junto con las prácticas lingüísticas, al carácter colectivo e institucional de prácticas tales como seguir reglas, expresar sensaciones, proferir emisiones, etc., a la *destrascendentalización* de la razón en favor de las prácticas sociales conformadas junto con el lenguaje y a la importancia otorgada a las condiciones del contexto y las disposiciones colectivas (constituidas a partir de las *formas de vida*) en el estudio del lenguaje. En las reflexiones del segundo Wittgenstein, los pensamientos, sentidos e intenciones están asociados con las interacciones simbólicas públicas y constituyen tipos de acción en los que predominan los contextos preinterpretados de uso sobre los contenidos internos, el significado no remite a las representaciones presentes en la mente, sino que proviene de las prácticas

colectivas de las que forma parte el lenguaje; por ello es que en las aproximaciones teóricas al lenguaje se da especial cabida a las demás prácticas llevadas a cabo junto con él, a la vez que éstas reciben su mejor comprensión en complementación con los análisis sobre el lenguaje. En tanto que la contribución de Austin pasa en forma primordial por haber resaltado la capacidad de realizar muy distintas acciones e instaurar realidades que posee el lenguaje, aunque no deben dejar de señalarse sus indicaciones en torno de la atención que es necesario prestar al estudio del lenguaje ordinario y las variadas posibilidades que éste brinda a la filosofía, sus recomendaciones sobre la multiplicidad metodológica y la utilización del abordaje pragmático como plataforma de todo análisis semántico y sintáctico. Así, la importancia de Austin para las reflexiones pragmáticas reside básicamente en haber brindado una fundamentación y sistematización del estudio del lenguaje sustentado en criterios netamente pragmáticos, en que sobresalen las capacidades realizativas del lenguaje y la importancia de las condiciones del contexto y de las convenciones para la producción y concreción exitosa de los actos de habla.

Si bien hay diferencias conceptuales insoslayables entre las elaboraciones de Wittgenstein y Austin –que no abordamos en este artículo–, es clara la coincidencia entre ambos en aspectos centrales que han establecido el sustrato para las elaboraciones pragmáticas posteriores. En los temas que nos han ocupado aquí, lenguaje y método, podemos sintetizar las coincidencias nucleares de Wittgenstein y Austin en sus tesis acerca de que el lenguaje es una práctica social, inseparable de otros tipos de prácticas, que posee carácter institucional en su totalidad, en la que sobresalen los aspectos realizativo y multifacético (es una herramienta que sirve para realizar muy distintas acciones y de muy diversas maneras) que hacen del lenguaje una multiplicidad pragmática carente de esencia e irreductible a un solo denominador. Diversidad de prácticas lingüísticas (entendidas como *juegos de lenguaje* o como *actos de habla*) que va de la mano de la exigencia de pluralidad metodológica y de concebir la filosofía como una *actividad* ligada directamente al lenguaje, destinada a vérselas con muy distintos problemas provenientes de la gran variedad de expresiones lingüísticas y contextos, que no puede valerse de un solo método para comprenderlos y no tiene potestad sobre una *última* palabra, ni se presenta como un sistema conceptual que aspire a proveer de principios teóricos universalmente válidos. En estas cuestiones referidas a lenguaje, método y filosofía se encuentra el núcleo de la ruptura con los estudios del lenguaje provenientes de la tradición

filosófica y de la apertura de una esfera de análisis de las emisiones con fundamentos renovados en base a la capacidad realizativa de las acciones lingüísticas en tanto prácticas institucionales, a la vez que habita la gran fuerza heurística que ha constituido la *plataforma móvil* a partir de la cual se han proyectado muy diferentes teorizaciones desde mediados del siglo pasado.

La potencia heurística que yace en los aportes señeros de Wittgenstein y Austin reside principalmente, según nuestra opinión, en dos grandes cuestiones. Una, la centralidad otorgada a la dimensión pragmática: en los actos y usos lingüísticos es de primordial importancia lo que hacemos con ellos y en el contexto y condiciones en que lo hacemos; el abordaje pragmático lleva la delantera por sobre el semántico-sintáctico, no los elimina pero predomina claramente sobre ellos. La otra, inseparable de la anterior, los estudios lingüísticos no tienen como fin único o primordial referirse a cuestiones inmanentes al lenguaje, sino esclarecer la constitución de las acciones y las relaciones con el mundo natural y social a través del lenguaje; las prácticas lingüísticas juegan un rol fundamental en la búsqueda de esquemas explicativos de los modos de conformación y comprensión de las conductas y relaciones humanas. Así, esta perspectiva pragmática hace gala de una mayor fecundidad en tanto toma como eje las acciones simbólicas colectivas (elemento cardinal de nuestra instalación en el mundo) y contempla un mayor número de prácticas y funciones simbólicas dado que tiende a buscar las relaciones existentes entre los diferentes niveles de análisis y, por lo tanto, a no realizar recortes abruptos o eliminar elementos o variables en pos de establecer la hegemonía de una sola función (como fuera anteriormente el enaltecimiento de la capacidad representativa del lenguaje). Un abordaje pragmático de este corte resalta, por un lado, el carácter público, intersubjetivo y situado social e históricamente de todas las actividades lingüísticas y, por el otro, que cualquier acción, institución u organización social se constituye en parte por la participación del lenguaje como práctica colectiva; de aquí que se centre en el funcionamiento y las interrelaciones –entre sí y con el contexto– de las diversas dimensiones participantes en las acciones lingüísticas, antes que preocuparse por separar analíticamente los componentes elementales de dichas acciones.

Las elaboraciones de Wittgenstein y Austin detentan, entonces, la fuerza heurística propia de las invenciones intelectuales capaces de abrir todo un ámbito de reflexión y marcar el sendero de las investigaciones posteriores, por ello es que sus conceptos son retomados profusamente en las discusiones

pragmáticas subsiguientes y constituyen el sustrato al que remiten muy distintos abordajes del lenguaje.<sup>20</sup> Buena parte de la potencia del enfoque pragmático inaugurado por Wittgenstein y Austin reside en que se encuentra en condiciones ventajosas para dar cuenta de la complejidad de los fenómenos humanos debido a que incluye y pone en relación un número más amplio de variables y a que sitúa en el centro al componente principal de nuestra instalación en el mundo: la acción (acción que siempre es entendida como simbólica y colectiva). La perspectiva pragmática permite integrar ciertos aportes de las aproximaciones semánticas y sintácticas, no requiere de su erradicación, de allí que posea un carácter más abarcativo y brinde herramientas propicias para la comprensión y sistematización de las prácticas lingüísticas y de las distintas funciones y usos que forman parte del lenguaje, así como de su interdependencia con los contextos de emisión. El abordaje pragmático nos abre a un contexto de mayor variedad y, por lo tanto, más rico para el estudio de los procesos simbólicos; el desafío –continuando la senda wittgensteiniana/austiniana– es lograr profundizar en ellos sin reducir su diversidad.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- J. Austin (1962a). *Philosophical Papers*. London, Oxford University Press.  
J. Austin (1962b). *How to do Things with Words*. Oxford, Oxford University Press.  
A. Ayer (1989). *Wittgenstein*. Barcelona, Crítica.  
D. Bloor (1997). *Wittgenstein, Rules and Institutions*. London, Routledge.  
P. Bourdieu (1982). *Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistiques*. París, Fayard.  
J. Derrida (1988). *Limited Inc*. Illinois, Northwestern University Press.  
K. Fann (1992). *El concepto de filosofía en Wittgenstein*. Madrid, Tecnos.

<sup>20</sup> Dentro de las continuaciones pragmáticas en sentido amplio, podemos establecer, como breve aproximación, una división entre aquellas que retoman casi con exclusividad las elaboraciones de Wittgenstein (Winch, Kripke, Bloor, como diversos ejemplos salientes), las que toman como base los principios de Austin (Searle como ejemplo paradigmático), y aquellas otras que utilizan determinados recortes de ambos autores, con diferentes variantes, y los vinculan con conceptos y problemas provenientes de otras líneas teóricas en la constitución de sus perspectivas sobre el lenguaje (Habermas, Bourdieu, Rorty, por nombrar reapropiaciones renombradas de muy distinto tipo). Cfr. básicamente: P. Winch (1972); S. Kripke (1982); D. Bloor (1997); J. Searle (1969); Habermas (2003); Bourdieu (1982); Rorty (1989).

- J. Habermas (2003) *Teoría de la acción comunicativa I (Racionalidad de la acción y racionalización social) y II (Crítica de la razón funcionalista)*. Madrid, Taurus.
- J. Harnack (1972). *Wittgenstein y la filosofía contemporánea*. Barcelona, Ariel.
- A. Janik y S. Toulmin (1995). *La Viena de Wittgenstein*. Barcelona, Ariel.
- A. Kenny (1995). *Wittgenstein*. Madrid, Alianza.
- S. Kripke (1982). *Wittgenstein on Rules and Private Language*. Oxford, Blackwell.
- J. Navarro Reyes (2010). *Cómo hacer filosofía con palabras. A propósito del desencuentro entre Searle y Derrida*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- D. O'Brien (1967). *The unity of Wittgenstein's thought*, K. Fann (ed.). *Ludwig Wittgenstein. The man and his philosophy*. New York, Dell Publishing Co.
- W. Quine (1951). "Two dogmas of Empiricism", *Philosophical review*, n° 60.
- R. Rorty (1967). *The linguistic Turn: Recent Essays in Philosophical Method*. Chicago, University of Chicago Press.
- R. Rorty (1989). *Contingency, irony, and solidarity*. Cambridge, Cambridge University Press.
- B. Russell (1964). *La evolución de mi pensamiento filosófico*. Madrid, Aguilar.
- J. Searle (1969) *Speech Acts. An Essay in the Philosophy of Language*. Cambridge, Cambridge University Press.
- J. Searle (1977). "Reiterating the Differences: A Reply to Derrida", *Glyph*, vol.1.
- P. Strawson (1950). "On Referring", *Mind*, n° 59.
- P. Winch (1971). *Estudios sobre la filosofía de Wittgenstein*. Bs. As., Eudeba.
- P. Winch (1972). *Ciencia social y filosofía*. Bs. As., Amorrortu.
- L. Wittgenstein (1991). *Sobre la certeza*. Barcelona, Gedisa.
- L. Wittgenstein (1992). *Observaciones a La Rama Dorada de Frazer*. Madrid, Tecnos.
- L. Wittgenstein (1997). *Observaciones filosóficas*. México, UNAM.
- L. Wittgenstein (1998). *Los cuadernos azul y marrón*. Madrid, Tecnos.
- L. Wittgenstein (1999). *Tractatus lógico-philosophicus*. Madrid, Alianza.
- L. Wittgenstein (2004). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona, UNAM/Crítica.